La Eterna Búsqueda

Ralph Lewis

Todas las cosas vivientes están impelidas a vivir. La naturaleza de la vida es *ser.* La vida es insistente y demanda que se cumplan sus procesos. El imperativo biológico de la célula viviente, el protoplasma, es igual en los organismos mas simples y en los más complejos. Las mas bajas y las más elevadas cosas vivientes exhiben por igual las mismas manifestaciones dinámicas tales como irritabilidad, respiración, excreción, nutrición y reproducción. En el orden más bajo estas manifestaciones son motivos inconscientes. En las más altas formas vivientes, estos imperativos pueden percibirse como deseos o apetitos.

El humano, como organismo más elevado, está impelido por el mismo impulso inherente de vivir. Lucha por hacerle frente a los requerimientos de la vida, tal como lo hace la más simple cosa animada. Pero en el hombre hay consciencia de las experiencias a las que él se enfrenta. Percibe las cosas y condiciones con las que debe contender a fin de conformarse a las necesidades de la vida. Evalúa, por ejemplo, cada cosa que hace para respirar o proveerse nutrición, y es considerada en el sentido de su propio bienestar. Cada experiencia se realiza en el sentido de su relación con el individuo. ¿Qué le reporta al hombre la experiencia? ¿Cómo le hace sentir? ¿Realza o enaltece su lucha para enfrentar las necesidades de la vida?

La vida, para el hombre, es primariamente cualitativa. Al decir vida, queremos decir las experiencias que él tiene. Todo lo que percibe puede reducirse a dos cualidades fundamentales, en lo que concierne al efecto de la experiencia en él. Primero tenemos lo que es *placentero.* Luego también tenemos lo que se le opone, aquello que clasificamos como doloroso o *desagradable.* El hombre ha]legado a asignarles a estas dos cualidades: *bueno y malo.* Pero todos los diferentes términos para explicar las cualidades de experiencia que puedan haberse tenido conducen lo placentero o a su opuesto.

Ya que el estado de vivir, o la vida, parece ser cualitativo para el hombre, él le asigna *propósito.* Este propósito es extraer de la esencia de todas las experiencias aquella cualidad que él prefiere. Las cualidades placenteras de sus experiencias parecen favorecer su bienestar. Denotan promover las demandas de la vida. Elegir tal cualidad es, entonces, natural. Hacer tal elección un objetivo, un propósito en la vida, es igualmente consistente con los estímulos impelentes de la fuerza de vida.

El hombre transfiere a menudo el propósito que ha llegado a establecer para sí mismo en la vida, a la vida misma. En otras palabras, puede creer que Dios o la naturaleza han creado la vida y la humanidad para aquellas mismas cualidades que él disfruta en su existencia. Entonces concibe las experiencias que él prefiere no como objetivos que han de alcanzarse, sino más bien como derechos para los que califica.

¿Cómo define el hombre esta especial cualidad en la vida? ¿Cuál es la naturaleza de ese bien que él espera extraer de cada experiencia? ¿Qué es el *summum bonum,* el bien más elevado por el que luchan todos los hombres? De las dos cualidades que han de tenerse en cada experiencia, todos están de acuerdo que una es preferible. Debe haber algo que represente esta cualidad preferida de placer. Debe haber cosas, condiciones, que parece que la sostienen. Después de todo, esa cualidad que desean los hombres de su experiencia en la vida no es sino un efecto que éstas tienen sobre ellos. ¿Hay una sola causa o hay muchas causas que producen el efecto deseado?

Cuarenta siglos antes de Cristo, en el período Menfítico de Egipto, se exhortó a los hombres a vivir una vida virtuosa. En ese temprano período, el más elevado bien   e a vida, que proveía la mayor satisfacción, era de índole moral. Aun antes del uso actual de los términos *bueno* y *malo,* se defendía su equivalente, o la propia disciplina. Un antiguo visir que vivió en el año 2700 A. de C., le dijo a su hijo: "(Respecto a él) que hace lo que es noble y aquel que hace lo que es odioso, la vida se le da al pacifico y la muerte al criminal". Se nos dice aquí que gozará la vida el que por su conducta es pacífico en sus relaciones con los demás. El que actúa para ser odiado, conocerá la muerte. Dicho de otro modo, el principio consistía en que la bondad de la vida es una conducta que trae aceptación social y paz interna.

El mismo visir de esa antigua dinastía declaró lo siguiente: "Establecido es el hombres cuyas normas son rectas, que camina de acuerdo a esa vía". De nuevo vemos que el fin de la vida, lo que trae la cualidad preferible del placer, es una conformidad a la aceptada conducta ética y moral de la época. Implica que el hacer bien es vivir bien. Vivir bien o rectamente, para evitar nuestra naturaleza, en alguna forma, por oposición innecesaria a ella. La llamada confesión negativa del antiguo Egipto consistía en una serie de repulsas de conducta errónea, que los egipcios hicieron ante su dios. Ejemplos de esto son: "No he quitado la leche de la boca de los niños", y "No he añadido nada al peso de la balanza..." Podemos ver que la bondad moral se concebía como aquello que traía una satisfacción personal al individuo. Dicho de diferente modo, en eso consistía la deseada cualidad en la vida.

Con Sócrates comenzó el período ético de la filosofía griega. No era una búsqueda para las causas físicas del universo. Era más bien una averiguación respecto al propósito en la vida del hombre. ¿Por qué eligen vivir los hombres? Ellos pueden disponer de sus propias vidas. Si no lo hacen es por alguna razón. Por algún bien que encuentran en vivir, alguna satisfacción que derivan de ello. Pero sus diversas satisfacciones han de encontrarse en sus diferentes experiencias.

¿Cuál experiencia es suprema? ¿De cuál emana la mayor satisfacción?

Sócrates sostuvo que el conocimiento es esencial al hombre en toda subdivisión de la vida. Todos los hombres actuarán siempre de acuerdo con sus mejores intereses. Cuando un individuo sabe lo que es recto y justo hará estas cosas porque eso es lo mejor para él. Sócrates pregonó que la virtud

es conocimiento. Uno debe tener virtud para poseer un verdadero conocimiento de lo que es recto. Tal conocimiento es por excelencia el más elevado y más duradero. Para Sócrates, entonces, el fin esencial, el mayor bien, era el conocimiento nacido de los dictados morales del alma.

Aristipo de las Cirenaicas, una escuela de filósofos del quinto siglo a. de J.C., hizo esta pregunta: Supongamos que los hombres se hicieran en efecto virtuosos, ¿qué ventajas les reportaría esto? Se charlotea, dijo él, que el conocimiento es virtud y la virtud es conocimiento, pero, ¿cómo sirve esto al hombre? e en proveer algo, si ha de buscárseles. ¿No es placer lo que proporcionan? Luego, al final, Aristipo concluía diciendo que aquello que los hombres necesitan es *felicidad.* El ideal de la vida, dijo, sería la gratificación de todos nuestros sentidos a cada instante de la vida.
Otra escuela, Los Cínicos, pensaba que si el hombre se ataba a la virtud para alcanzar placer era lo mismo que limitar el bien que se pudiera sacar de la vida. Sostenían que hacer lo que a uno le agrada, sin importar de qué índole ello sea en tanto que provea felicidad, es el fin que buscan los hombres.

Epicuro combinaba la idea del placer con lo bueno en la vida, pero avanzó un paso más, y dijo: "La finalidad de nuestra vida es estar libres de pena y temor, y cuando la hemos alcanzado termina toda tempestad del alma".

La Felicidad Como Un Fin

La controversia continuó a través de los siglos. Ya se trate de particularidades, cosas, ideales (no importa lo que persiga el hombre) su propósito final en la vida es la felicidad y ésta puede definirse solamente con el término concreto de *placer.* Pero, como todos lo saben, la mayoría de los placeres no duran. Van y vienen. Además, algunos son más intensos que otros.

¿Es entonces la felicidad un fin falso que se busca en la vida? Es necesario considerar las clases de placer que experimentamos para determinar si todas ellas pueden adjudicarse el verdadero fin en la vida. Existen los placeres de los sentidos. Hay también los de los apetitos. Pero el glotón sólo puede consumir una limitada cantidad de alimento y de bebida. Entonces descubre que su placer está en razón directa con la magnitud de su apetito.

Epicuro, como los Cirenaicos antes que él, declaró que el placer es el bien de la v ida por excelencia. No obstante, la persecución del placer puede llegar a ser muy perturbador. La ambición, por ejemplo, puede hacerse irritante debido a los detalles que impone sobre uno. Los esfuerzos que requiere la ambición pueden en verdad disminuir lo que finalmente se obtiene al realizarse la ambición. Epicuro dijo: "Cuando necesitamos placer es cuando estamos apesadumbrados debido a la ausencia de éste; pero cuando no sentimos esa opresión entonces ya no tenemos necesidad del placer

La de Epicuro fue una doctrina de *imperturbabilidad.* La calidad de placer que podía encontrarse en la vida era sólo, de acuerdo a su doctrina, evitando cualquier perturbación o pesadumbre. Equivalía, en efecto, a dar la

vuelta a la esquina para escapar de cualquier conflicto que pudiera serle a uno irritante. De acuerdo con este concepto, el placer consistía en procurar mantener un estado de equilibrio. No permitir que nada le perturbe a uno, y que la ausencia de confusión sea felicidad, el bien más elevado en la vida.

Clases de Placer

Estas diversas clases de placer, que los hombres consideraban felicidad, caen dentro de dos grupos generales. Primero, hay placeres *negativos.* Estos consisten en evitar cualquier agravación. Realmente, estos placeres negativos sólo existen en proporción a cualquier disturbio que se experimenta. Cuando desaparece la molestia, entonces se experimenta. Cuando desaparece la molestia, entonces se experimenta el placer de retornar a un estado normal, o de equilibrio.

Eventualmente, no obstante, esa clase de placer se apacigua porque sólo es transitorio. Por analogía, es como el placer de rascarse una picazón. Cuando la picazón desaparece, así también desaparece la fruición de rascarse. Estos placeres negativos son escapes en la vida. De hecho, son fútiles. Si los hombres fueran a tener tal ideal, todo el progreso humano se detendría, porque ellos estarían tratando de evitar cualquier confusión que el esfuerzo y el contacto con la realidad pudieran acarrearles.

El segundo grupo de placeres son los *positivos.* El placer positivo es el que se busca por si. No se deriva meramente de que uno esté siendo perturbado en ninguna forma. En efecto, la gratificación de un placer positivo existe dentro de la cosa o condición misma. No tiene relación con nada, sino con su propia naturaleza. Los placeres positivos, por consiguiente, son dinámicos. Requieren constante actividad de la mente o del cuerpo si han de experimentarse. También se advierte que no disminuyen por la persecución que de ellos se hace, como pasa con los placeres negativos.

La búsqueda de la *verdad* es un ejemplo de aquello que provee placer positivo. Cada uno debe buscar la verdad porque ella es realidad. Pero la verdad no es simplemente algo que pueda suceder para corresponder a las ideas de uno mismo. Es la relación práctica del hombre a su mundo. Es aquello que en experiencia le da substancia a sus pensamientos y expresión a su ser. Lo que tenga identidad y significado para él, de modo que la sirva en alguna forma, es verdad. El hombre puede hacer verdad las cosas logrando que tengan la realidad de ser prácticas. Para mayor ejemplo, diremos que un mito se torna en verdad si las vidas de los hombres vienen a conformarse a su creencia en ello.

El contenido del conocimiento es la verdad. Nada es conocimiento si no se tiene por verdad. Lo que el hombre acepta como verdad constituye su conocimiento. El conocimiento cambia y lo mismo ocurre con la verdad. Al dilatarse o extenderse las mentes de los hombres, más relación encuentran con otras realidades de su mundo. Nuevas verdades, como las experiencias ampliadas, substituyen a las antiguas. El conocimiento da así continuo placer proveyendo a los hombres de más útiles experiencias. Añadiendo a la

comprensión de su existencia, ganan un mayor sentido de su propia realidad.

De hecho, el conocimiento provee ambos placeres, el positivo y el negativo. El placer negativo se deriva de apartar el temor. Al disminuir la ignorancia por medio del conocimiento, el hombre arroja de sí los grillos de la superstición. En proporción directa a esto experimenta aquella ligereza de corazón y libertad de espíritu que constituye la felicidad, Dondequiera que haya temor en la vida (como en algunas religiones) allí hay ignorancia.

Pero también el conocimiento es poder. Es poder en cuanto a que provee la extensa oportunidad de ejecución. Podemos decir que el conocimiento es una especie de energía potencial. Cuando el hombre tiene conocimiento puede *hacer* muchas cosas. Entonces, queda bajo sus medios el poder lograrlo. El puede dominar y efectuar algo solamente hasta el grado de su conocimiento.

Cada cumplimiento trae su satisfacción, la que sigue a aquello que se ha ejecutado y que es el placer positivo del conocimiento. Es una gratificación del ser más alto, del más extenso. Tal como el alimento sustenta el cuerpo y cosquillea gratamente el paladar, así también el conocimiento alimenta la mente y satisface al ser intelectual y psíquico. La clase de cumplimiento que se obtiene determina qué aspectos de la naturaleza se gratifican.

El valor del conocimiento es que éste hace posible la amplitud de juicio. Este juicio permite al hombre concebir la compensación que él debe hacer en la vida. ¿ Qué precio debe pagar por aquello que se llama placer? ¿Qué requerimientos hacen los placeres negativos, los sensorios, por sus gratificaciones transitorias? ¿ Qué precio pagan en salud, respeto a sí mismo y pérdida de una verdadera ejecución?

Pronto el conocimiento desacredita la idea de que la cantidad es de alguna importancia en la felicidad. Número y variedad no son los elementos durables de la felicidad. En lo que a cantidad se refiere, uno llega a darse cuenta de que, eventualmente, se vuelve una carga. Mientras más sea el número de c osas que uno posea mayor es la responsabilidad por ellas. Los placeres que alguna vez trajeron (o la implicación de que fueran posibles) se tornan en opresión debido a la responsabilidad que engendran. Como resultado, su lustre se empana con el tiempo. Su presencia perturba porque recuerda una gloria perdida.

Nuestra época presente es de complejidades. Numerosas cosas compiten continuamente por la atención del hombre. Como los vendedores de un mercado, ellas vocean qué placeres proporcionan si tan sólo se acepta su llamado. Pero mediante el conocimiento se llega a aprender

que el placer positivo ha de encontrarse en fundamentos sencillos, y en la armonía de los requerimientos básicos para el mantenimiento de la salud, la acción recíproca y simpática del cuerpo y de la mente. También se encuentra en establecer concordancia con sus semejantes, aquellos con quienes trata en la batalla diaria. Esta armonía se realiza asimismo al

alcanzar consciencia de su unidad cósmica, es decir, de su relación con todo lo creado. También se encuentra en el esfuerzo creativo, en objetivar sus imágenes subjetivas y expresar los apremios del ser más grande y dilatado. Traer algo a la existencia, con la mente o con las manos, es una de las más grandes satisfacciones que puede conocer el hombre.

Así, pues, la eterna búsqueda del hombre va siempre tras la felicidad; pero si la felicidad ha de permanecer con él, debe nacer del conocimiento. Debe ser *positiva* en su contenido. Debe añadirle estatura como humano. No ha de refrescarle su frente, solamente, como una brisa pasajera.